

Recuerdos de la mosca salchicha

LA HORMIGA LEÓN construye sus trampas en terreno arenoso. Logra modelar, sin que se llegue a saber cómo, un cono invertido de geometría perfecta. En el vértice del cono hacia el que vierten todas sus paredes acecha la hormiga león, enterrada, invisible, a la espera de cualquier insecto de pequeño tamaño que caiga en el interior. Cuando esto sucede, la hormiga león al principio no hace un solo movimiento. Las paredes del cono son tan lisas, y los granos de arena de que están compuestas son tan finos, que sólo un insecto de gran calibre podría agarrarse y encontrar asidero. A medida que las víctimas de pequeño tamaño se retuercen, se resbalan, se desprenden al final de las paredes en pendiente que forman el cono, la hormiga león escupe –o remueve– más arena que les arroja encima, obligándolas a caer siempre hacia el vértice del cono invertido, en donde son arrastradas bajo la arena y al final devoradas.

El cono de hormiga león más grande que he visto nunca tenía unos siete centímetros de profundidad, tal vez ocho; el depredador apenas pasaba de un centímetro de largo. Lo encontré bajo la casa que teníamos en Signals Road, en Achimota, en lo que era entonces la Costa de Oro. La casa estaba levantada sobre unos cimientos de hormigón de metro ochenta de alto. Debajo de la casa el terreno era arenoso y estaba marcado por las trampas de las hormigas león como si estuviera picado de viruela. Un paisaje lunar de cráteres inmaculados. Centenares y más centenares de trampas construidas por las hormigas león. Una tierra de nadie de la que no saldría

vivo ningún insecto pequeño que se moviese reptando. Nuestra estrategia consistía en sacar de su cono una pequeña hormiga león para dejarla caer en el cono de otra más grande.

Siempre que pienso en nuestra casa de Achimota pienso en las hormigas león. Es la más antigua que recuerdo de las casas que tuvimos en África, aunque antes habíamos vivido en otras dos. Cuando yo nací vivíamos en un comedor de oficiales remodelado para servir de vivienda, una edificación de ladrillos de adobe con un techo de chapa de hierro ondulada. Achimota estaba a unos nueve kilómetros de Accra y de la costa. En aquellas playas enormes rompían unas olas de tres metros de altura, con crestas de espuma, como son las del océano Atlántico. No nos dejaron ir a las playas donde rompían las olas hasta que nos hicimos algo mayores y aprendimos al menos a surfear tumbados sobre la tabla, aunque había en las playas trechos rocosos en los que abundaban las charcas de agua de mar y en ellas estaba en constante ebullición la vida submarina. Sentado en una de estas charcas de agua de mar, con el agua hasta la cintura, el agua a la misma temperatura del cuerpo, a los cinco años: un lujo de vida.

Nos fuimos de Achimota a Legon, aún cinco kilómetros más al interior, donde estaba el nuevo campus de la Universidad de Ghana. Vivimos allí en una casa grande, en forma de U, pintada de blanco, con el techo de tejas rojas. Había una veranda enorme, donde nos podíamos reunir hasta treinta personas, con vistas a un jardín inmenso y a la campiña de los alrededores, colinas que cubría la hierba áspera, arboledas de especies pequeñas y recias.

El insecto que asocio con la casa de Legon es el ácaro aterciopelado. Estos animalillos eran completamente inofensivos, del tamaño de la uña del meñique, de un rojo intenso, titilante, y parecían en efecto recubiertos por una especie de pelaje aterciopelado. Eran los únicos insectos, que yo haya visto, que se pudieran acariciar. Proliferaban en determinadas épocas del año, sobre todo después de la estación de las lluvias; la hierba de los alrededores de

la casa era un hervidero de estos insectos. Mis hermanas y yo criábamos los ácaros aterciopelados, los reuníamos por centenares en improvisados corrales de ramitas. Estos ácaros iban de un lado a otro sin descanso, metros cuadrados de terciopelo escarlata en movimiento incesante, una alfombra roja que parecía hervir.

Nos fuimos a Nigeria, a Ibadan, en 1963. Nuestra casa, en el campus universitario, era alargada, recta. El jardín estaba rodeado por un seto muy denso, de hibisco y poinsettia, y estaba lleno de árboles: franchipanes, álamos de Virginia, altas y elegantes casuarinas. Le pedía prestado el machete al jardinero y tronzaba los franchipanes. Hincaba aquella hoja curva (el metal estaba fabricado en Checoslovaquia) en el tronco, que era blando y cedía al empuje de la hoja. Más adelante me compré un machete por cinco chelines. Me fue muy útil para cortar a tajos distintas cosas. Ibadan se encuentra en medio de una selva tropical, donde todo crece a una velocidad increíble. Una vez corté dos palos largos y los clavé en el suelo para colgar de ellos la red de jugar al badminton. Cuando volví del internado, tres meses después, se habían convertido en sendos árboles.

El insecto que relaciono con nuestra casa de Ibadan es la mosca salchicha. En realidad no es una mosca, sino una especie de hormiga hinchada a la que le salen alas y que emprende el vuelo después de las lluvias. La mosca salchicha tiene más o menos dos centímetros de longitud y es de un color marrón salchicha, luminoso, de ahí le viene el nombre. Por la noche, después de que haya llovido, se cierran todas las ventanas. Las alas se despliegan bajo el caparazón de la mosca salchicha y levantan el vuelo en enjambres. No se defienden muy bien en el aire, que no es su elemento natural, y es como si sólo les hubiesen prestado las alas para pasar el día. Se encaminan a trompicones hacia las luces más cercanas. Desde dentro de la casa se oye cómo chocan contra los cristales y las mosquiteras. Un escuadrón tras otro, van virando sin rumbo firme, en torno a las luces del exterior. Las alas les duran sólo una hora. Las moscas salchicha tocan tierra al cabo y se les desprenden las alas. Muchas

son las que mueren de resultas de las colisiones en pleno vuelo, estampándose contra las paredes y otros obstáculos. A la mañana siguiente, el piso de la veranda está crujiendo cuando uno pisa los caparzones duros, y por los rincones se ven los despojos frágiles y brillantes de las alas que se les han desprendido. Las moscas salchicha que sobreviven han reanudado su existencia terrestre y se han ido a esconder a algún lugar en el que completarán su ciclo vital.

Mi padre marchó al África Occidental durante la Segunda Guerra Mundial. Pertenece al Cuerpo Médico del Real Ejército de Gran Bretaña y tenía su cuartel en Lagos, en Jos, al norte de Nigeria (donde cultivan fresas y tienen patatas nuevas durante todo el año) y en la Costa de Oro. Tenemos una foto suya en la que sale muy joven, delgado, sentado en una silla de mimbre, delante de una choza hecha con hierbas, en algún momento de 1945. Volvió a la Costa de Oro en 1951 ya con mi madre, con la intención de quedarse sólo unos cuantos años. Y allí siguió hasta 1977, hasta que se vio obligado a marchar debido a su delicada salud. Había contraído una enfermedad muy poco frecuente, llamada «fiebres Q». Había sido médico y trabajó durante toda su vida en África. África, al final, acabó con él literalmente.

Empezaba a trabajar a hora muy temprana. Y trabajaba hasta las dos de la tarde, cuando volvía a casa a almorzar. Dormía una siesta hasta las cuatro y luego salía a jugar nueve hoyos de golf. Por la noche, mi madre se reunía con él y con los amigos en la veranda del club de golf (se bebía en abundancia, las copas eran muy baratas, se servían a crédito). Algunas veces se improvisaba una cena allí mismo. En su vida social no había ningún asomo de frenesí, ningún rastro de vicio ni libertinaje –aquello estaba muy lejos del Valle de la Felicidad–, aunque por comparación con la vida que llevarían casi todos esos integrantes de la profesión médica en la Inglaterra de los años cincuenta aquello debía de parecerles el paraíso.

Podían llevar esa clase de vida porque todo el mundo tenía entonces servidumbre. Mis padres llevaban tan sólo una semana en la Costa de Oro cuando descubrieron una mañana a un anciano

menudo que estaba sentado en las escaleras de la cocina. Dijo que se llamaba Kofi y que se había enterado de que necesitaban un cocinero. Kofi fue nuestro cocinero durante los once años siguientes. Vivía con su familia en una aldea que estaba a unos tres kilómetros. En nuestra casa de Legon había barracones para la servidumbre, una construcción sencilla, por no decir tosca, de hormigón, a pocos metros de la propia casa. La ocupaba el hijo de Kofi, Kwame, que entonces tenía veintitantos años. Hoy es capitán en un batallón de artillería del Ejército de Ghana. Kwame se encargaba de cuidar a los hijos de mis padres. Mis hermanas y yo con frecuencia pasábamos las primeras horas de la noche en esa calurosa sala de hormigón, comiendo los mismos plátanos macho con abundante pimienta que preparaba él en un brasero de hierro, con carbón, en una esquina de la sala.

En Nigeria tuvimos un cocinero y un criado doméstico, Johnson e Israel. Johnson era muy viejo, con el cabello canoso, y tenía costumbres muy arraigadas. Cuando leo *Mister Johnson*, la novela de Joyce Cary, siempre pienso en nuestro viejo cocinero. Johnson se había casado muchas veces, pero no tenía hijos. Según aseguraba, eso era culpa de las esposas que había tenido y no tenía nada que ver con su potencia sexual. Poco antes de marcharnos de Nigeria se volvió a casar con una chica muy joven. Ella se ocupaba de hacernos la colada, y cuando Johnson salía por las tardes recibía visitas de otros hombres. Al final se quedó embarazada y tuvo una hija. Nunca se vio a un padre más orgulloso.

Johnson era muy alto y desgarbado, e Israel era sumamente bajo e iba a todas partes siempre muy deprisa. Era del oriente, de la tribu de los ibo, y durante la guerra de Biafra se enroló en el ejército biafreño para poder comer algo. Un día le dieron un fusil y cinco tandas de munición, y lo destacaron en la selva para repeler los ataques de las tropas federales. Siempre habló con candor de lo que hizo entonces. Se quitó la guerrera de camuflaje (el único uniforme que le habían dado) y la enterró. Escondió el fusil y desertó.

Una vez, en una sala de espera, o en algún puesto de libros de una estación, tomé un ejemplar del *Scientific American*. En la portada se veía lo que me pareció una colcha de *patchwork* hecha de cualquier manera, todo en trozos grises, rojo herrumbroso y ocre. La reconocí de inmediato: era una fotografía aérea del centro de la ciudad de Ibadan, y lo supe sin necesidad de recurrir al tema del que trataba el número de la revista, «Planificación urbanística en el Tercer Mundo», o algo por el estilo. Ibadan se encuentra alojado con firmeza en mi memoria, tanto como cualquier otra de las ciudades en las que he vivido. A veces se la llama con afecto «la aldea más grande de África». Tiene una población que pasa del millón de habitantes. La mayoría de los edificios que hay en los muy diseminados alrededores de la localidad son de adobe y tienen techo de hierro ondulado. Las calles se desmigán por los bordes y caen a las hondas acequias de los laterales, además de estar permanentemente atascadas por los coches. En cada casa y en cada tienda se oye a todo volumen una radio. De noche, los edificios se iluminan con tubos de neón sobre todo verdes y azules. Hay transporte público, pero la forma más corriente de desplazarse por la ciudad son las furgonetas Volkswagen. Cuando se ve a una de éstas que viene de frente, basta con alargar la mano y se detiene. Uno sube (las puertas correderas se han retirado) y da seis peniques a un chiquillo que va sujeto por la parte exterior de la furgoneta. Las furgonetas recorren determinadas rutas. Cuando uno se quiere bajar, golpea en el techo con los nudillos. La furgoneta hace una parada en el acto.

Utilicé este medio de transporte para ir desde el campus de la universidad al centro de la ciudad, al Recreation Club. Allí se podía jugar al tenis, al golf y al *squash*, o nadar en la piscina, comer un tentempié, tomar un refresco. Durante las vacaciones era el punto de encuentro para los hijos de los expatriados. Allí nos pasábamos el día entero. Por la noche íbamos al cine o a un guateque. Había muchos guateques. Los había en la ciudad, en la universidad, en el

New Reservation, en el Bodija. Guateques para adolescentes: los mismos chicos y las mismas chicas, los discos y la cerveza, a veces un ponche que se hacía con ginebra de fabricación ilegal, procedente de los arroyos más lejanos de la ciudad y que tenía fama de dejarle a uno ciego si se excedía en el consumo.

Las excursiones a las afueras de la ciudad eran pocas e infrecuentes. A veces íbamos a pescar. Tras un trayecto de dos horas por la selva, encontrábamos un río de aguas remansadas, marronáceas, y cebo para las percas. De vez en cuando bajábamos a Lagos a pasar una semana alojados en las destartadas cabañas de la playa de la bahía de Tarqua. Pescábamos en la rompiente, salíamos a navegar... con cuidado de no colisionar con los buques mercantes que entraban en el puerto de Lagos; también hacíamos surf en la playa y de noche dormíamos en catres de campaña al aire libre, bajo las estrellas y resguardados por una simple mosquitera. Los estadounidenses llaman a los hijos del personal del ejército destinado en el extranjero «los mocosos del ejército» o «los mocosos de las fuerzas aéreas». Hubo ocasiones en que fuimos «mocosos coloniales». Perezosos, pagados de nosotros mismos, pendientes de hallar el mayor placer de los posibles, completamente ajenos a las curiosidades del país en que vivíamos.

Todo eso cambió con la guerra de Biafra. Recuerdo bien el día del golpe militar que precipitó al país a la guerra civil. Tenía previsto tomar un avión para volver a Inglaterra coincidiendo con el principio de las clases. Johnson, nuestro cocinero, me dijo lacónicamente que ni lo pensara, que no me iba a marchar. «¿Por qué?», le dije. «Porque el lunes –dijo–, los militares darán un golpe de estado.» Y tenía toda la razón.

Durante la guerra (1967-1970) cambió radicalmente el tenor de la vida que llevábamos, sobre todo por la abrumadora presencia del Ejército de Nigeria. Desde el momento en que uno bajaba del avión en el aeropuerto de Ikeja, los soldados armados eran un rasgo constante en la vida cotidiana. Los soldados de permiso seguían arma-

dos, ya fuese en los autobuses, en los bares o cuando salían con sus hijos a dar un paseo.

Una noche, cuando iba en coche por una carretera tranquila, con mi padre, doblamos una curva y pasamos por delante de un bidón de combustible con una plancha de madera que, apoyada contra él, sobresalía medio metro en la calzada. Sólo cuando vimos a una docena de soldados que saltaban de los árboles con los *kaláshnikovs* listos para disparar nos dimos cuenta de que era un control. Frenamos bruscamente y salimos del coche. Bajaron las armas y el coche lo registraron a fondo. Estaban buscando a gente que pretendía sacar de contrabando el dinero en metálico, nos dijeron. Los soldados eran jóvenes y estaban nerviosos. Llevaban el uniforme de camuflaje, aunque acompañado de sus propias prendas de vestir: zapatillas de deporte, pantalones de franela, una camisa hawaiana. Las armas parecían excedentes de producción, anticuados, de algún país del Pacto de Varsovia, con unos números toscamente grabados a fuego en la culata. Al ver a aquellos individuos, que se habían presentado voluntarios pensando en la cerveza y el tabaco que les iban a dar gratis, era inevitable pensar en lo que estaría ocurriendo en el corazón de la zona declarada en rebeldía.

No he vuelto a Nigeria ni a otras regiones de África Occidental desde 1973. Empecé a escribir sobre todo aquello en 1976, con una novela (inédita) sobre la guerra de Biafra. Los posteriores esfuerzos que he hecho por recuperar la visión de las cosas, sumados a algún ocasional ataque de nostalgia, han servido para que lo siga teniendo muy presente. Sobre todo las lluvias copiosas, el calor pegajoso de la noche, el ruido de los grillos, una cerveza fría en un día caluroso, son experiencias que confronto con sus equivalentes en África, y siempre descubro que a estas nuevas experiencias les falta algo. La madalena proustiana más eficaz sigue siendo la música de Nat King Cole.

Era una de las costumbres de mi padre: nada más despertarse por la mañana, casi de inmediato ponía un disco en un resplande-

ciente aparato de alta fidelidad, de madera de castaño, que se había hecho despachar desde Gran Bretaña. Invariablemente elegía en esas ocasiones un disco de Nat King Cole, cuyos primeros compases recibía con sonoros gemidos de protesta el resto de la familia, aunque él no hacía ni caso. Se plantaba en medio del salón, abiertas de par en par las puertas correderas para disfrutar del frescor de la mañana, y contemplaba el panorama que ya teñían los primeros rayos del sol a la vez que canturreaba con Nat King Cole. En esos momentos siempre me pareció que era un hombre muy feliz. Siempre que oigo esa voz seca, inconfundible, pienso en mi padre y pienso en África, tal como eran a primera hora de la mañana.

1984